

La Biblioteca de un Historiador

● **LOS FUNCIONARIOS** más antiguos de la Nación —al recordar a un muchacho que venía de noche a leer viejos diarios y que se sumergía en las enormes hojas amarillentas encuadernadas que sólo un atril podía sostener. Difícil que previeran que llegaría a ser un historiador con un estante entero de libros publicados y reclamados por nuevos muchachos lectores. Se llamaba Juan Pivel Devoto, y a los nueve años había venido de su ciudad natal, Paysandú, trayéndole un piquetísimo conjunto de libros que serían la piedra fundamental de su futura biblioteca. Eran ellos; el Tabaré de Zorrilla, en la edición original encuadernada, un volumen de Viajes a través de Australia, las Lecturas manuscritas de S. Ledesma, la cuarta edición de la Historia de H. D., varios tomos de la revista Mundial de Rubén Darío ("es la revista de mi infancia, donde lei por primera vez a Julio Herrera y Reissig") y un número especial de Caras y Caretas de 1910, dedicado al centenario de la Revolución. En esta selección infantil ya estaba marcada una especial ocupación dominante: nacional y americana, y una disciplina; la historia.

"De entonces a hoy no creo haber pasado día sin agregar un libro a mi biblioteca" dice Pivel estimando su caudal bibliográfico en unos diez mil títulos que se mueven sobre los círculos concéntricos de un mismo interés; historia nacional, rioplatense, americana, universal, "incluyendo en lo histórico todos sus aspectos, economía, literatura, política, filosofía, etcétera."

"Mi biblioteca está formada por las inquietudes de profesor, de investigador y también de bibliófilo, porque el investigador cae fatalmente en la bibliofilia; y he llegado a considerar que la Biblioteca es el hombre". Partiendo de esta corrección a la frase de Buffon —el estilo es el hombre— me dedico a buscar las correspondencias entre esta biblioteca y la personalidad que su dueño, Pivel, dictamina; desordenada. "Sí, pero la biblioteca es un organismo vivo, no puede tener un orden abstracto; responde enteramente a su dueño" contesta Pivel, y dentro del desorden él establece un hilo de Ariadna personal que le permite encontrar sus materiales.

Es una biblioteca que, como un cuerpo extraño, ha ido invadiendo una casa; lentamente ha ocupado el escritorio, donde los agregados a las estanterías van marcando su avance seguro en distintos estratos; ha ocupado el vestíbulo, la salita, transformado el comedor en biblioteca, ocupado la caja de la escalera, ascendido a los dormitorios y por último ha desembocado en el garage sustituyendo el auto que nunca llegó. Es al mismo tiempo una biblioteca manuscrita, sobada, con pocos libros encuadernados —"sólo encuadernamos cuando es el único recurso para salvar los volúmenes deshojados"— que delatan un uso constante del material. Aunque posea piezas raras, no es su tónica la rareza sino la utilidad inmediata para el estudio; y aunque su línea dominante es la historia, concede una apreciable parte a la literatura y al arte, y así veo en primeras ediciones las obras más importantes de las letras uruguayas desde el Parnaso hasta el siglo actual.

Una apreciable cantidad está consagrada al pensamiento político de los siglos XVIII y XIX que a Pivel le ha interesado primordialmente por su influencia sobre nuestra formación; está la colección de "Discursos de la Convención Francesa" en 22 tomos publicado en 1819, están ediciones de Montesquieu, Bentham, Destut de Tracy, B. Constant, la serie de historiadores franceses, Michelet, Thiers, Quinet, Jaures, Mathiez, está una edición de Gibbon que perteneció a J. F. Giró, está una edición del Emilio del XVIII, la Política de Dios y gobierno de Cristo de Quevedo, etc.

Pivel ha soñado siempre con una historia total, que reconstruyera la vida entera de una sociedad en determinadas épocas; de ahí su deseo de acumular los libros que se leían en las ediciones que circulaban entre nosotros, como ser Del contrato social de Rousseau en la traducción de Moreno publicada por los Niños Expositos en Buenos Aires, 1818, o los Institutos de Derecho Real de Alvarez, Buenos Aires, 1834, donde estudió derecho una generación de rioplatenses. A la misma preocupación responden las colecciones propias de materiales que ha establecido a lo largo de años.

Entre ellas está su colección de hojas sueltas que registra millares de piezas: "La hoja suelta, como el folleto, tuvo siempre un carácter más ágil, más polémico

que el libro; era la proclama, el manifiesto, la alarma, lo que ahora es el boletín de la radio". Tenía cuatro años cuando empezó su colección de hojas sueltas recogiendo un volante de propaganda colecionista, en 1916, y en adelante ha seguido agregando piezas —"muchas las recogí yo mismo en la calle, muchas me las han regalado los amigos que conocen mi manía"— hasta totalizar millares de piezas que van desde los orígenes de la nacionalidad hasta hoy y que guarda, ordenadas por año, en forma cronológica.

A la misma preocupación responde su colección de folletos. "La empecé cuando preparaba mi "Historia de los partidos acaudalados" dice, mostrándome una serie de cuarenta y tantas cajas donde se acumula por temas y épocas un conjunto variadísimo de publicaciones. "No hay folleto que no tenga su interés: las listas de precios, por ejemplo, que nadie guarda, son de enorme interés para la historia económica del país". Tiene además un centenar y medio de volúmenes con folletos encuadernados y no me voy a cansar de decirlo, donde no están comprendidos a la fuerza, más folletos que no han podido ser clasificados ni encuadernados. En otro sector de la casa encuentro más series de folletos: son los catálogos de las exposiciones de arte realizadas en el país que Pivel ha tratado de coleccionar, justamente porque es un material que nadie se preocupaba de recoger. También números sueltos de viejos diarios. El recopilador. El campo de Añilo, Miscelánea Oriental —anda a colecciones de revistas uruguayas: La Alborada, La Revista Nacional, etcétera.

Por último, abriendo un mueble, encuentro apilado un centenar de gruesas carpetas: contienen documentos. "Son copias de documentos importantes para la historia del país que he hecho yo mismo o he mandado copiar. Mire el índice". De acuerdo a él están representados los momentos más decisivos de la nacionalidad, con una inclinación visible por los aspectos políticos. Como dato curioso, tratándose de un historiador blanco, cabe mencionar que cuento quince carpetas bajo el título "batallismo".

Mientras recorremos las estanterías, Pivel comenta la preocupación bibliográfica que domina actualmente: "Hace apenas 25 años que se comenzaron a valorizar los libros rioplatenses, y lo que ha acrecentado tanto los precios ha sido la aparición de las bibliotecas americanas como compradoras. En la Feria, en los años 27 y 28, se compraban por unos reales libros que han pasado a ser raros. Todo lo posterior al índice de España no tenía cotización". "El interés cada vez mayor por la historia del país ha hecho raras, cosas que se compraban a real, pero nadie dice que esos reales de entonces exigían sacrificios como los centenares de pesos de ahora. Cuando escriba mis memorias diré los sacrificios; fabulosos que me ha significado hacer esta biblioteca. Así de viva voz no me atrevería a decirlos".

Veo una pila de libros destinados a la "operación salvataje", o sea encuadernarlos. Allí hay personalizadas ediciones de Rodó, Reyrol, Acevedo Díaz, Zorrilla, enteramente deshojadas. "Es el uso, pero es también el préstamo. Yo he prestado toneladas y he perdido centenares. Sé el alumno en cuyas manos puse el libro; no sé las manos en que está ahora. Pero no me arrepiento". Le recuerdo la frase de Fromponet: "Puede ser; pero a mí sí que me ha prestado libros".

Encuentro en un sector literario una abundante serie de obras de Dickens —"es un personaje puntual en la casa"—; un ejemplar de Obras Completas de Goethe que perteneció a Theophile Gautier; una edición de Facundo en tres volúmenes hecha en Montevideo en 1888 —"Perteneció a la Colección de los mejores autores latinoamericanos —indica Pivel— que publicaba y corregía José Batlle y Ordóñez"—; todos los libros de Echeverría, muchos en ediciones originales; obras de Alberdi y J. M. Gutiérrez —"son las dos más grandes figuras argentinas"; varias ediciones antiguas: el Libro Aureo del gran emperador Marco Aurelio de Antonio de Guevara, Madrid 1658, las Recherches philosophiques sur les américaines de Pauw, París 1795, los diez tomos del Espiritu del siglo de Martínez de la Rosa, Madrid, 1835, una edición de las Filípicas de Cicerón, París 1639, etc.

"Una biblioteca es la expresión más romántica de la cultura, porque representa la intimidad con el libro, pero se acabó ya el tiempo de las grandes bibliotecas privadas. Creo que he hecho una biblioteca orgánica, la de un profesor de historia nacional y americana que ambientó sus preocupaciones en el panorama general de la cultura universal".

